

2° PREMIO

“¿Esperás a alguien?”

Dolores Urquiza

(Escuela Nacional Ernesto Sabato - Tandil)

Rápidamente respondí que no, intentando evaporar en el aire la maldita pregunta. Ignoré los ojos de la encargada mientras me acomodaba en la mesa del café, evidentemente curiosa ante la soledad con la que me había dejado ver por las calles. No me inmuté, acostumbrada como estaba a situaciones como ésta.

Las hermosas flores de la ventana me sonrieron mientras agraciaban la vista y coquetas perfumaban el aire. Las páginas en blanco se burlaban desde la mesa, sabiendo cuan desesperada estaba por acariciarlas con la punta de mi pluma y besarlas con simples palabras. El escribir no era más que una manera de dejar a mi alma respirar del abrazo de la muerte con el que mi cuerpo y la vida mundana la envolvían. Si uno no se fija, la ciudad podría tragarnos a todos y matar todas las cosas bellas.

Tomando un sorbo de mi bebida, miré a mí alrededor. El café estaba animado con los alegres visitantes que compartían risas y palabras cómplices. Conversaciones insustanciales se dispersaban y flotaban hasta el techo, para que luego las poderosas risas las barrieran. Nadie más estaba solo, solos yo y el Universo. En ese momento una joven pareja atravesó las puertas y fue a sentarse en una pequeña mesa, ambos sumergidos en las profundas aguas de su propio mundo. Un rubor virginal acompañaba una tímida sonrisa en el rostro de la muchacha, puestos ahí por el inocente brillo en los ojos de su acompañante.

Sintiéndome una intrusa, desvié mi mirada para posarla en un modesto vaso que portaba un par de simples flores en agua. Alguna vez había yo sido ella, una joven y floreciente azucena que tuvo la dicha de sentir en la mano una caricia y una sonrisa en los labios. Pero cuando la flor que es cortada no es verdaderamente deseada hay poco que el agua y un florero puedan hacer hasta que esta se marchita. Mis pétalos suicidantes me abandonan, sabiendo que por mucho que intenten realzar una belleza que quizás nunca estuvo allí ya nadie vendrá a buscar a esta pobre amapola.

La puerta nuevamente se abrió, y sentí que el mismísimo Eros se había posado sobre mí, buscando una perversa diversión a costa mía. Los 5 septiembres que nos separaron no habían hecho más que fortalecer sus manos y hermohear sus ojos, los cuales permanecían ignorantes de mi presencia.

Su nombre era Gabriel. Memorias de la tierra de mi infancia me asaltaron de pronto, y pude recrear los años de mi plena juventud. Lo conocí en una reunión social de mi familia, donde de manera inmediata capturó descaradamente mi pleno interés. Solíamos compartir charlas sobre libros, arte, y música también, así como largas caminatas por los prados, acompañados siempre por desgracia. Recordé que en repetidas ocasiones me confió que en las noches de verano se

escapaba al jardín, donde se dejaría caer en la alfombra de herbaje, respirando el aliento de la Madre Verde, celebrando la noche y su frescura. Siempre había sido un fiel amante de la selva.

Lo amé, lo amé mucho, si es que alguna vez dejé de amarlo. Lo amé en ese momento, sintiendo sus manos fantasmales con las que años atrás era capaz de disipar mis penas, rompiendo a través de mis tristezas con una sonrisa y tiñendo de rojo mis mejillas. De pronto no quise más que sus labios recorriendo mi piel, descubriendo al fin los secretos de sus graves manos mientras estrujaba mis pétalos. En el fondo de mi mente una voz me urgía volcar la ardiente salvia y los apasionados pensamientos en la impecable blancura del papel, pero mi deseo por él era mayor, impidiéndome hacer más que contemplarlo cual Dios de mi idolatría.

Evoqué la primera y única vez que probé su sabor, sabiendo perfectamente que ese beso había cambiado mi curso inevitablemente.

Recordé la reunión de amigos que fue el escenario de aquel encuentro.

Recordé el juego de prendas que decidimos jugar, lo tonto que me pareció en un principio y la alegría que me causó en un final.

Recordé... Suspiré. Suspiré y recordé nuestra prenda. Gabriel y yo debíamos besar al mismo tiempo las caras del reloj de cadena de su abuelo. Me pareció bastante inocente, hasta que él, que era el que lo sostenía, escamoteó el reloj, dejando que mis labios se unieran a los suyos y marcándome para siempre.

Inevitablemente recordé también que fue lo que ocurrió después. Su familia se mudó a otra provincia, más cerca del amor de Gabriel, la selva, dejando detrás una ingenua veinteañera con el corazón desolado y los ojos perdidos.

Así como estaba conocí a Carlos, quién me prometió una vida donde el mundo tomaba claridad. Deseosa de cariño acepté, y viví meses felices, sin amor, pero sin tristezas ni soledades. Había encontrado un lugar cómodo, seguro, y sabía que Carlos no se iría jamás, por lo que no tomé ninguna consideración cuando acepté su propuesta de deseo carnal una noche de junio.

Pero (en esas extrañas coincidencias), luego de esa noche carente de verdadera pasión para mi cuerpo, las visitas y los llamados se volvieron más y más escasos, hasta llegar al punto donde brillaban por su ausencia. Tentada a desabastecerme de toda emoción hiriente, escapé a la ciudad para conseguir la patética vida que le correspondía a todas las mujeres solteras.

Y ahora, mientras lo desnudaba hasta el alma con la mirada, deseaba describir esa parte de mi historia, deseaba poder ser blanca y pura como el nácar, para poder entregarle una esencia renovada, para darle la oportunidad de que me abrasase con su fuego divino y se abriera paso

por mi corola cerrada. Pero ya nada de eso era posible. Había vuelto a cruzarse por mi camino solo para encontrarme con el alma apagada y sin flores que deshojar. Así mis pupilas lo seguían con un violento anhelo, mientras dulces y bellas muchachas con las que yo no podría volver a competir le hablaban con donosura.

Abandoné el café repentinamente, pues aunque siempre supe que Gabriel jamás posaría su mirada en mí con deseos de amarme y que en cuanto se acercara como el hombre apuesto y soltero que era rubias y morenas se abalanzarían sobre él cual abejas en primavera, sentí la herida en el pecho al finalmente atestiguarlo. Creí oír mi nombre, pero no me detuve, al fin y al cabo lo sentía resonando en mi corazón: Dolores, Dolores, Dolores.

Una mano atrapó mi muñeca, efectivamente deteniendo mi huída. Sin sospechar las consecuencias, alcé la vista para exigirle a mi captor que me devolviera mi libertad, solo para encontrar el gris celestial de las pupilas de Gabriel. Una sonrisa agraciaba sus labios, y sin decir una sola palabra ni liberar mi brazo del amoroso apretón con el que me inmovilizaba, acercó su rostro al mío, inhaló profundamente y en la más hermosa manera en que un hombre le puede hablar a una mujer susurró:

“Todavía olés a flores.”

No tuve miedo ya de rubias dulces y bellas morenas, y con el corazón laténdome fuerte en el pecho, cerré los ojos y le dije:

“Soy tuya.”